

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

CONCIENCIA DE AMERICA.

Conferencia pronunciada por el Dr. Ricardo Rojas, en la Facultad de Letras.

Discurso de presentación por el Dr. Pedro Dulanto, Catedrático de Historia de América.

Señor Representante del Presidente de la República; señor Ministro de Educación Pública; señor Rector; Señores Miembros del Cuerpo Diplomático y señores Delegados al Congreso de Americanistas; señoras y señores:

La Universidad Mayor de San Marcos enaltece su tradición intelectual, acogiendo en su sala predilecta a un insigne hombre de letras, a Ricardo Rojas, argentino hasta lo más profundo de su espíritu y americano por el ideal democrático y por el más sincero y generoso empeño de fraternidad continental.

Pocos en nuestra época han investigado con mayor provecho que Rojas y ninguno, tal vez, con tan desinteresado amor como él, en las fuentes de la Historia de América, reconstruyendo el pasado desde sus más remotos núcleos históricos, para descubrir y fortalecer la masa nativa, el fenómeno social, la sustancia vital del pueblo americano, del gran pueblo americano que amaneció a la historia política del mundo, en épica contienda con la metrópoli española, el año de 1810.

Los jefes, los caudillos, los héroes y aún los genios que protagonizaron en el drama revolucionario de América y que buscaron afanosamente en ciertos momentos de su omnipotencia, el sistema o el ideario que pudiera suplir la inexperiencia política de los nuevos estados vieron siempre cómo nada supeditaba a la democracia, con-

génita al pueblo, cual una idea propia, aparecida súbitamente en el ser colectivo de la incipiente sociedad americana.

Y es este justamente el punto de vista histórico de Ricardo Rojas, continuando así la trayectoria clarividente de Bartolomé Mitre, de Juan Bautista Alberdi y de Domingo Faustino Sarmiento, cuyo elogio correspondióme hacer, precisamente, en esta misma aula y en este mismo mes, el pasado año, conmemorando nuestra Universidad, en acto espontáneo de aproximación americana, el cincuentenario de su gloriosa muerte.

Completó Mitre, egregio Presidente y estadista de la unidad nacional argentina, la obra emprendida dos lustros antes por el vencedor de Caseros, proyectó el Instituto Histórico y Geográfico como "un campo neutral en que descansar de las agitaciones de la vida pública, en medio de la hermandad de las letras y de las ciencias que identifica a todos los hombres, en un mismo pensamiento"; distinguióse, en fin, como el creador, en su país, de los modernos estudios históricos. Planteó Alberdi, el inmortal autor de Las Bases, su célebre doctrina de la población, que trae a la memoria la estrofa resonante de Darío, en su canto a la República Argentina:

"te abriste como una granada,
como una ubre te henchiste,
a toda raza acongojada,
a toda humanidad triste".

Y el genial Sarmiento llega a América como producto de su imaginación poderosa, que no impedía su admirable facultad de síntesis, de su optimismo bravío, de su fé irreductible, su mensaje, su formidable mensaje educativo, que supervive, coordinadas entre sí las ideas dispersas, que forjó su mente volcánica, formando ya un principio lógico, integral, coherente y en su mayor parte irrefutable.

Dijo Sarmiento "¡Argentinos! Desde cuando y hasta dónde; bueno es darse cuenta de ello", para que Ricardo Rojas principiara a responder 25 años después.

Restauración Nacionalista. Blasón de Plata y Argentinidad, tres libros de Rojas, exaltaciones son de la patria argentina en sus atributos esenciales, sobre la base de "hechos" que el autor "vé" y "siente", persistente la luz de las ideas para aclarar el profundo significado de las cosas, reconociendo sinceramente el honor de la estirpe, rehabilitando la vida de los grandes, para ejemplo de las generaciones, buscando y encontrando la continuidad de la historia y los elementos fundamentales de la constitución espiritual de su pueblo.

No son verdaderos para Rojas, los términos en que se ha planteado el antagonismo entre la ciudad y el campo, que motiva la te-

rrible guerra civil argentina entre unitarios y federales, sostenedores los unos de la hegemonía política de Buenos Aires, del gobierno central en la gran ciudad de Mayo; propulsores los otros de la unidad política del país, dentro de la necesaria autonomía de sus provincias, orgullosas de sus blasones; pareciéndome del caso repetir lo que en otra ocasión, expresé diciendo, que esos caudillos llamados bárbaros, Facundo Quiroga uno de ellos, llevaban, no obstante, en la punta de sus lanzas homicidas, el porvenir político de la nacionalidad argentina, derribando las tendencias aristocráticas que asomaron a raíz de la revolución de Mayo y abriendo paso para lo futuro, a las clases sin privilegios, que sustentan en el saber o en trabajo una auténtica nobleza democrática.

No acepta Rojas sino como derivado de un pasado de encono, generado en la porfiada y sangrienta lucha, el calificativo de bárbaros que “traspira desdén por las cosas americanas”, sin que puedan ser bárbaros “quienes obraban con el instinto de la patria, así fuese un instinto ciego”, y propone para en adelante las nominaciones de Exotismo e indianismo, para calificar, él lo dice, la oposición entre lo importado y lo nativo, entre el federal y el unitario y hasta la pugna del nacionalismo con el cosmopolitismo, por la autonomía espiritual, no alcanzada todavía.

Sostiene Rojas la tesis de haber sido la emancipación y la formación de las nacionalidades americanas, producto de la reconquista del espíritu indio sobre el territorio, teniendo razón, porque la tierra aún embrionaria contenía una virtualidad promisoriosa y porque el espíritu de nuestros padres indígenas, impregnado ciertamente de los caracteres españoles y de la civilización en general, valía y sigue valiendo como la fuerza irremplazable del instinto.

Consecuentemente afirma Rojas un enérgico nacionalismo, oponiéndose a extrañas influencias, ostentando el valor sustantivo de la nueva raza y el crédito efectivo de las instituciones tutelares, establecidas en los nuevos estados.

“¡Obra de extranjeros?, pregunta. ¡Mentira!”.

“Obra de solidaridad internacional en todo caso y del mecanismo expansivo de la civilización. Por eso han venido los capitales europeos que no hubieran venido sin nuestra garantía de orden y nuestro auspicio de progreso. Por eso han venido también los brazos extranjeros que no habrían venido sin nuestra legislación y nuestro salario, redención de su miseria”.

Y en seguida, como en un clamor de su espíritu al aire puro de la patria, exclama:

“¡No luchéis contra nuestra raza enemigos! ¡Nó os obstinéis contra nuestra vida extranjeros! ¡Todo debe ser argentino sobre la tierra argentina!”.

Dije por eso al empezar, que Rojas es argentino hasta lo más profundo de su espíritu, agregando, también, que es americano por el ideal democrático, ya descrito al esbozar su tesis histórica, y por el más sincero y generoso empeño de fraternidad continental.

Impregnada, efectivamente, está la obra de Rojas del principio de solidaridad americana que brilló en la época heroica de la emancipación, como producto del mismo origen y del mismo destino, que principió a eclipsarse en la proyectada anfictionía de Panamá, que ideó el genio de Bolívar, reconocido por Rojas en su plenitud estética, luchando en el vacío el peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre, paradójal en la abundancia romántica de su espíritu ardiente, al proponer, como reconocimiento de un ideal común y de una misma empresa, de la verdadera unidad del continente, la creación del resonante título de ciudadano de América.

Ricardo Rojas pone al servicio de esta noble causa de fraternidad americana, varias veces renovada a iniciativa del Perú, la gravedad de su pensamiento y el fulgor de su palabra y de su pluma, con la que escribiera su monumental "Historia de la Literatura Argentina", para Cejador, "la mejor historia literaria escrita en América" y con la que acaba de valorar y restaurar en Ollantay, una leyenda indiana, aspirando su poema "a mostrar el misterio de los Andes y de su liberación, idealizando el mito telúrico del continente, en una obra de arte surgida de las más viejas tradiciones americanas".

Y como la historia es también arte, sumérgese Rojas en la abstracción profunda que concentra el alma íntegramente, matizando la realidad de belleza, que es cima de la verdad de poesía que no es fuerza inútil, sino elemento de progreso y medida de civilización y con estos nobles atributos, escribe la historia de aquel grande cuya vida perdura con la más humana emoción en los fastos americanos. del que arribó anónimamente a Buenos Aires en la mañana del 9 de marzo de 1812, escondiendo con pudor, sublime pudor, los laureles del Rosellón y de Bailén, para renovar, sintiendo ya su nuevo destino de criollo americano, el desafío a la muerte en San Lorenzo, animando las huestes heroicas de sus granaderos, el que siempre en silencio, con su mensaje interior, viendo claramente, por su genio militar, reclutó su ejército, adelantó una táctica, señaló una ruta y cuando todo estaba preparado, incluso el ánimo patriota y la conciencia de lo que debía hacerse, porque la guerra, dijo, "se ha de realizar no sólo con las armas, sino también con la opinión pública", remontó los Andes, iluminando los astros misteriosos la legión inverosímil, sin que el frío de las cumbres que endurece las rocas pudiera apagar el fuego oculto de su corazón, para vencer, con regularidad matemática en Maypú, modelo de batallas, y sin más ambición, son sus palabras, "que la de merecer el odio de los ingratos y

el aprecio de los hombres virtuosos” apréstase a completar la guerra “mágica” del Perú, para sobreponerse después en Guayaquil a todas las tentaciones, sin excluir el derecho a su propia gloria, salvando con su inmólacion definitivamente heroica la común causa de América.

No he necesitado mencionar, señores, a José de San Martín, a El Santo de la Espada de Ricardo Rojas, tribuno y maestro de civilización como él llama a otros, que va a decir, dentro de pocos instantes su mensaje radiante de presagios, en la más antigua tribuna de la más antigua universidad de América, la misma tribuna que sirvió en el siglo XVIII al ilustre limeño José Baquíjano y Carrillo para su defensa de la raza aborigen, estudiada con amoroso empeño por Rojas, la misma tribuna en la que Justo Figuerola, catedrático del aula, saludó al héroe argentino el 17 de enero de 1822, centenaria tribuna por su vestidura material, pero testimonio vivo de la renovación de ideas y de espíritu del claustro en que se halla colocada.

Discurso del Dr. Rojas.

Señor Representante del Poder Ejecutivo, señor Ministro de Educación Pública, señor Vice-Rector de la Universidad Mayor de San Marcos, señor Decano de la Facultad de Letras, señores Representantes diplomáticos, colegas y alumnos, Señoras, Señores:

Agradezco ante todo el insigne honor que se me ha ofrecido, de ocupar esta tribuna de San Marcos, gloriosa en el Perú y prestigiosa en todo el Continente. Agradezco también las palabras del doctor Dulanto, no sólo por lo que a mí se refiere, aunque reconozco en éllas más la generosidad del amigo que la justicia del crítico, pero sí agradezco el conocimiento que revela del proceso histórico de mi país y el recuerdo que ha hecho en esta sala ilustre, de la figura de San Martín, el hombre a quien todos los argentinos veneramos.

Yo vengo aquí, señoras y señores, no para pronunciar una conferencia, porque nada tengo que enseñar a auditorio tan sabio, no para pronunciar una conferencia repito, sino para formular ante vosotros, peruanos y americanos, una “confidencia”.

Cuando se ha enunciado el título de esta disertación diciendo “Conciencia de América” y no “La Conciencia de América” hay una diferencia de matiz que necesito señalar: Si hubiera dicho “La Conciencia de América” presupondría una cosa ya definida que puede ser objeto de nuestro conocimiento. Cuando digo “Conciencia de América” me refiero a un estado espiritual del que necesitamos tomar posesión como acto mismo de la vida.

La civilización se puntúa en su Historia, por grandes imperios sacerdotales o militares que fueron conquistados, como la Asiria o

el Egipto; por grandes ciudades que constituyeron el tipo del Estado civil, como Atenas y Florencia; por grandes naciones que después del siglo XVI aparecen en el mundo como personas históricas, pero esas naciones, que son los actores de la Historia Contemporánea, muévense dentro de la fatalidad geográfica de que forman parte y en último análisis todos alientan postrer destino. La historia de la Civilización es una historia de continente. El nuestro, señores, tiene un destino aciago. Si la personalidad individual está constituida por datos de la memoria que mantienen la unidad de nuestro ser a través del tiempo, y por datos de la cenestesia que mantiene la conciencia de nuestro ser físico en el espacio, digo, que estas personas históricas a las cuales llamamos naciones, tienen también una memoria colectiva: su tradición y una cenestesia: la cenestesia social que es la conciencia de su suelo y de su raza; el ser físico definiéndose en el espacio y el ser espiritual fluyendo a través de los siglos. Todo este proceso de la personalidad en el ser individual suele concretarse en un nombre y ese nombre es como la cifra mística y política de nuestro ser. Y lo primero que yo pregunto es: ¿Cómo se ha llamado y cómo debe llamarse este Continente del cual hemos derivado nuestro gentilicio de americanos? Los descubridores dijeron: el "Nuevo Mundo"; nuevo para ellos, pero no para los indígenas de América. Quizás, culturas de aquí, como la de Paracas, más antigua que las de allá. Luego dijeron: "las Indias", porque en su error geográfico creyeron haber llegado a las costas de Asia y cuando las navegaciones de Balboa o Magallanes completaron la visión de un continente distinto, dijeron: las "Indias Occidentales" para distinguirnos de las Indias Asiáticas; de aquí proviene el llamarle Indias a nuestro Continente y apellidar de indiano todo lo que este Continente contiene y se dijo la flora indiana, la gente indiana, la fauna indiana y hasta se escribió un libro famoso: "La Política Indiana" y hasta se llamó indiano a los españoles que volvían a España. De allí vienen el llamar Indios a los nativos de este suelo; de modo que si había un equívoco cronológico en el nombre del Nuevo Mundo, había un equívoco racial en la denominación de los mismos indios. Luego se dijo: "América", unos creen que por Américo Vespucio y otros piensan que es por el nombre de un monte de Centro-América; ésto es lo que más ha durado y se ve que nos decimos americanos, pero resulta que los Estados Unidos que llevan el mayorazgo de nuestra vida política, cuando dicen "american" en su lengua, se entiende que son ellos, a los que nosotros llamamos también yanquis, estadounidenses o norteamericanos. Surge de aquí el que en cierto tiempo se nos empezara a llamar "América Latina" y esta denominación nace de Francia, es una manera de distinguirnos de lo que se cree América Sajona, olvidando que al norte del Istmo de Panamá estaba también Méjico y para distinguirnos de esa Amé-

rica Sajona, se nos llama América Latina y esta cosa que Francia hizo en el momento del siglo XIX en que ya habían caído en desprestigio para los pueblos, los valores españoles, y a cuyo favor se desarrollaba la cultura francesa en América, ha venido en los pueblos actuales a tener un significado equívoco, impreciso porque se quiere confundir América Latina con Romana: la primera es designación de cultura, la segunda es designación de Imperio y nuestra América no quiere imperios en su ámbito.

Se dijo después “América Española” y los que habíamos sentido resucitar en nuestro corazón el antiguo amor por España, largo tiempo eclipsado durante las guerras del siglo XIX nos habíamos sentido muy contentos con esta denominación, pero España es denominación de nacionalidad política y América no quiere tampoco ese equívoco de apellidarse con nombre de nacionalidad extranjera; además, al decir América Española, pensamos en nuestros hermanos del Brasil, son también ellos parte de la América Española puesto que el Portugal está dentro de la península ibérica, pero ellos tienen origen de reino portugués, afirman conciencia de raza lusitana y en todo caso quieren ser brasileños y americanos dentro de la americanidad. Entonces, este nombre de América Española, no nos viene bien y menos si a su sombra se quiere albergar no las esencias puras del espíritu español que está en nuestros orígenes, sino también intereses económicos o militares de imperios extraños o de reconquista sobre América. A veces nos decimos, como para tantear quien somos, “sudamericanos”, pero queda establecida la subordinación, al meridiano político, al punto de referencia: América del Norte y Sud-América, ¿dónde comienza? ¿en Panamá o desde Río Grande? y ¿hasta dónde? De modo, que con ésto se comprende como es de vacilante y equívoca y evasiva nuestra personalidad, todo ésto nos ha costado hallar esa apelación del espíritu que se cifra en el nombre. Con todo, a falta de otro mejor, nos decimos americanos. Pero esta personalidad histórica del hombre o de los pueblos americanos, presenta en su proceso histórico una particularidad que lo distingue de la historia de los demás continentes. Es curioso observar cómo para comprender que hay un proceso orgánico común a todo el Continente, éste se mueve en la Historia como un ser vivo y como con plan providencial, que a pesar de la diversidad de lengua: inglesa, española, brasileña y quichua, hay entre nosotros a pesar de eso un ritmo continental, en la Historia y, hay una homología de formas culturales en todo el Continente y hay particularidades y anomalías que no se presentan en el proceso de los otros continentes. Yo no vengo a decir ninguna cosa nueva de la historia, pero si creo estar presentando las cosas viejas en perspectiva. ordenamiento y significación nuevas y es que hay en el proceso de América, un período que llamamos “precolonial”, “autóctono”, “indi-

gena”, “prehistórico”; un proceso que llamamos “colonial” de tres siglos más o menos según las regiones y un proceso de emancipación democrática y de autonomía política regional en los diversos estados que en el Continente se han constituido. Esto nos ofrece la particularidad de que la historia escrita de América comience en una fecha fija: en 1492 con las Cartas de Colón a los Reyes de España. Ahí comienza nuestra historia escrita, pero escrita por gente forastera y descubridora. El período anterior no tiene historia escrita, sino representación simbólica, deográfica de su historia y la tradición anterior se hizo escrita por testimonio de los conquistadores y colonizadores. Cuando el proceso colonial se cierra nos encontramos con este hecho insólito: que los caudillos de la rebelión emancipadora son hijos de españoles que acaudillan a los indios, que cualquiera de los próceres americanos tienen tan cerca de él al español que es su padre o su madre. Anomalía tremenda también en que la personalidad del Continente va a afirmarse no sólo con sangre, sino con lágrimas domésticas, es el drama del hogar hispanoamericano, es la ruptura de los eslabones de la sangre y a tanto llega la alucinación, que Don Vicente Fidel López, el autor de nuestro Himno Nacional es el autor de aquel verso: “Se conmueve del Inca la tumba y en su raza revive el ardor, porque ve renovando a sus hijos, de la Patria el antiguo esplendor”. ¿Qué misterio es éste, que el hombre, hijo de padres españoles, se sienta americano y por eso se sienta solidario de los indios y dice que son los hijos de los Incas los que van a restaurar la personalidad histórica de América? Las palabras que he dicho son versos del Himno Nacional Argentino que cantan todos los niños de diverso origen cosmopolita, en las escuelas de Buenos Aires. La anomalía que señalo presenta estas otras a su vez: el proceso indígena se cierra bruscamente por acto de conquista, por fundación de ciudades que son fortines de guerra y ocupación de la tierra americana, por repartición de ésa tierra entre los conquistadores, por encomienda de esos indios a los conquistadores y, yo sólo pregunto: ¿El proceso de la civilización en Europa y aún en Asia, tiene algo análogo con ésto? La civilización nace de las ciudades, como etimológicamente se ve, pero las ciudades como Atenas o como Roma o París, fueron flor de la tierra, nacieron del imperio telúrico y de la congregación de agricultores para crear un órgano de defensa colectiva, fueron recintos de los dioses, surgió así la Patria en la política y en los espíritus, y a veces se expandieron para hacerse más extensos o fueron los recintos de las grandes culturas clásicas. Pero las ciudades de América, fueron fortines de conquista, fueron fundación de europeos para dominar la tierra y repartírsela, para repartir económicamente la servidumbre de los indios y para heredar de ellos un contenido de cultura que no había nacido en el Continente. Yo me limito a describir el proceso no a

censurarlo, porque siempre hay algo de providencial y fatal en la Historia. Así ocurrió y así debemos tomarlo pero esto debilita en su raíz nuestra ciudad, eran inerustaciones advenedizas y de origen exótico en el Continente y el proceso histórico de América se ve tarado por esa desarmonía. Esas ciudades fueron fundadas por cabildos, regidas por cabildos que eran instituciones democráticas de la antigua Castilla, que levanta sobre ellos la aparatosa jerarquía del sistema soberano, pero cuando llega el momento, patético de la Emancipación, Juntas como las de Buenos Aires y de Caracas congregan a los vecinos y responden a los pueblos de América al grito de libertad y república; los cabildos, eran la célula de la antigua democracia americana, vibrante y viva en América por el espíritu de los mismos conquistadores y de sus hijos.

En este proceso descubrimos otra anomalía; que la Historia de América se corta bruscamente como por cataclismo: el cataclismo del Descubrimiento corta la tradición indígena y si ha de subsistir, subsistirá diluida en la nueva sociedad colonial. El cataclismo de la Revolución, como lo hemos visto, corta la cronología y la vivencia causal española; los hijos se lanzan contra los padres, cosa que antes no se vió y el Continente, unitario dentro del sistema español se fragmenta en repúblicas independientes, entran a guerrear entre sí por los límites de esta heredad, porque los estados nuevos se han constituido también bajo la inspiración de ideas filosóficas, jurídicas y políticas, exóticas. Esas ideas han prevalecido durante el siglo XIX. Eso explica, por qué nuestros estados han tendido a remediar la política de hegemonía del continente europeo, que aquí, no tiene razón de ser. Hemos remedado todo el aparato de la política internacional europeo, sus meandros diplomáticos, sus prácticas militares, porque allí, en el continente europeo, fatalmente tienen que buscar puntos de equilibrio y hegemonía por la manera lingüística y religiosa en que está constituida y por la misma constitución de sus costas, pero América no tiene por qué remediarlo, pero lo ha hecho, llegando a tal punto, que en la segunda mitad del siglo XIX, se agita cuatro lustros en guerras por hegemonía, por posesión de territorio, y aún hemos llegado a constituir nuestra economía en un verdadero sistema de factorías y de subordinación a las grandes empresas internacionales, hemos llegado también a fundar nuestra educación en modelos exóticos: nuestras escuelas primarias en ningún país de América se adaptan a las necesidades del medio, lo mismo la enseñanza superior, la universitaria tampoco ha fructificado en la forma que necesitábamos para crear un pensamiento americano que pueda conducir, de acuerdo con las necesidades americanas, el destino de estos pueblos. El régimen colonial fué régimen de subordinación a una soberanía extranjera personificada en un rey, fué régimen de monopolio co-

mercial por pactos predeterminados, fué régimen de gremios y en ésto, la revolución emancipadora nos lanza en una cosa peor: el individuo libertado de su gremio, no estaba preparado para la lucha y había de sucumbir en la competencia. Rompimos el monopolio, abrimos nuestros puertos y la libertad de comercio nos trajo esta cosa terrible: el gran desarrollo de los puertos que se abren al mar son camino de intercambio de civilizaciones realizadas, pero las civilizaciones y culturas son creaciones de los continentes y si los continentes no han creado civilización, los puertos sólo sirven para mantener el dominio internacional. Creamos el progreso material de todos nuestros puertos en América, que no necesito nombrar y al converger la energía económica, cultural y social de nuestros pueblos hacia sus riberas, resulta que América, fuertemente unida en tiempo de la colonia hasta ser una entidad que podía moverse unánimemente, unida también en tiempo de la primera mitad del siglo XIX, se encuentra rota en la segunda mitad: el peruano miraba hacia el mar, el chileno miraba hacia el mar, lo mismo el argentino y, así, cada uno miraba al suyo; no fuimos capaces de constituir una marina mercante que comunicara a los pueblos del Continente. Se crearon rutas oceánicas que comunicaron a los puertos con las metrópolis extranjeras. De allí ha resultado que el peruano, unido fraternalmente con el argentino en tiempos de San Martín, pierde el contacto con éllos; lo mismo sucede con los demás y quedamos como eslabones de una cadena rota, alimentando conciencia y vanidades de región, sin comprender que unidos todos, formábamos una de las entidades más portentosas que ha habido en la Historia, por la unidad de la lengua, de la Tierra y del Ideal.

A esta altura de la Historia, vemos que el mundo entra otra vez en agonía, vemos que prevalecen sobre la tierra instintos de fuerza y hegemonía imperial, que los valores morales han entrado en la sombra; que la diplomacia se jacta ya de no ser verídica;— la fuerza impera sobre el mundo, se aspira, como claramente se dice, a hegemonías mundiales y la América es el Continente codiciado y sin armas, sin conciencia histórica frente a esta gran hecatombe del mundo.

Podemos mirar el curso de nuestra vida representándola en la imagen de nuestros grandes ríos americanos: Amazonas y el Plata bajan de las montañas nevadas y selváticas y los ríos de aguas que corren ignoradas y a veces sin nombre entre las piedras de sus montañas y que van volcándose los unos en los otros hasta formar ríos mayores y con ésto hacen grandes bocas que se desaguan en el mar. ¿Qué es un río? No sólo es su lecho, sus aguas, sus márgenes, sus fuentes, son también sus afluentes, son sus hombres, las gentes y la vida de sus riberas; el río es un ser misterioso que anda sin cansarse y que no se agita, puede teñirse de color diferente, según las tie-

rras, refleja a veces las montañas y otras, el azul del cielo, pero no es el lecho ni la arena, ni el cielo, ni la montaña en que nace, ni el mar en que desemboca: es el movimiento misterioso de la vida como arteria de la tierra. Así nuestros pueblos andan por el cauce del tiempo, se colorean de diversos matices, crecen, suenan distinto, pero son siempre los mismos y mientras los manantiales no se agoten, el río será boca de desembocadura en el mar, camino de los continentes. Así resulta difícil fijar la historia y la evolución de América en una figura, porque toda nuestra historia es como la de los grandes ríos: suenan diferente, y tienen distintos fangales y cataratas, hilos de agua humildes o grandes desembocaduras. Pero para la representación de la "conciencia de América" un río no nos basta, yo la quisiera más bien presentar en la figura del árbol el cual hunde sus raíces a veces ocultas en el seno de la tierra donde se nutre, el tronco, a veces áspero pero firme y duradero; él ramaje múltiple que sirve para fuego y para sombra y después las flores y los frutos. América tiene una raíz que es todo lo que se nutre de su propio suelo, todo lo indígena, no sólo la prehistórico, indígena, sino lo indígena actual porque eso es lo que nos refiere a un suelo y lo que nos diferencia de lo exótico; después el tronco que es lo español, lo que nos ha dado estructura jurídica, ciudad a pesar de todo, lengua con que podamos hablar al mundo y lengua que nos liga a las grandes tradiciones de las culturas clásicas y en donde ha podido aparecer el libro más representativo de nuestra raza y el símbolo más universal de la conciencia humana: la lengua del Quijote que es un blasón para nosotros y seríamos torpes si renunciáramos a ese sumo bien. En la época de la fronda o ramaje, están nuestras naciones diversificadas por la geografía, pero unidos por el tronco común y nutridos por la misma tierra. Pero, ¿ha llegado ya —pregunto— la estación de las flores y de los frutos? Este árbol americano, ¿qué flores y frutos ha dado al mundo? Hablaremos de flores, cuando nuestras grandes creaciones en Filosofía, Ciencia y Arte, adquieran vivencia universal, éste sería nuestro mensaje al mundo y he aquí la gran responsabilidad y la empresa larga de los escritores, filósofos, maestros, conductores de multitudes, gobernantes, porque todos tenemos cura de almas y debemos responder ante Dios no sólo de las almas de los hombres, sino del alma de América, cuya luz buscamos en medio de estas tinieblas. ¿Qué ocurre? Qué fuera de la realidad histórica que así rompe nuestro proceso cronológico y social a través de la repetición de estos cataclismos de la Conquista y Emancipación, florece una literatura polémica que se viste de Historia, de Filosofía, de Sociología y que alcanza en mi país su mayor virulencia: es la doctrina que niega al indio porque allí no tuvimos el centro de un gran Imperio como el Cuzco, porque ahí no hemos hallado ruinas como las que en

el Perú y Méjico se encuentran, porque allí, el indio de los orígenes fué un vagabundo de las llanuras y selvas que no había alcanzado la estabilidad agrícola, vivieron en los campos donde hacían malos hasta la segunda mitad del siglo XIX, de modo que la imagen del medio para el argentino, es la del indio armado, arisco y a caballo, este es el drama de Martín Fierro. No tenemos un prestigio de tradición indígena que pudiera ser respetado. Las ideas materiales de aquella época, hicieron olvidar a nuestros grandes conductores, los valores espirituales y misteriosos de esa función representativa en relación con el paisaje y como fuente de arte. También Sarmiento fué a España en el 48 y dijo: "Vengo a enjuiciar a los españoles". Las cosas más atroces contra este país las pronunció quien dijo "¿Por qué no se coloniza a España?" También hace el enjuiciamiento del gaucho, y en general de todo criollo; el gaucho era cantor, payador, vagabundo, no servía para el trabajo ni para la ciudadanía, por consiguiente, había que exterminarlo del mundo, al español ya lo daba por exterminado, y uno se pregunta: Entonces, ¿sobre qué elementos humanos iba a fundar la Patria? Se dijo que sobre la inmigración; nuestra Constitución y la prédica de otros pensadores argentinos afirmó entonces, un complejo de inferioridad respecto a lo nativo; todo europeo, aunque fuera analfabeto, se creía representante de todas las especies antiguas de la civilización europea. El criollo se humillaba ante eso y no osaba trabajar para su emancipación.—¡La Universidad proveía de doctores, pero no creaba ciencia y conciencia americana! Yo estoy afligido, señores porque casi abuso de la conciencia de ustedes..... (Nutridos aplausos). Ante estos signos de benevolencia del auditorio, me atrevo a decir una cosa personal: Yo he nacido en el campo argentino, de tronco colonial, en una provincia donde se habla quichua, allí estudié, recibí las tradiciones del Perú y del norte de América, fui a Buenos Aires para entrar a la Universidad, llevando ya los primeros versos en mis maletas de estudiante pobre. Me encontré con un hiato entre mi sensibilidad y la del puerto, la ciudad era grande, tenía el gran prestigio de la Revolución de Mayo que es la devoción de todos los argentinos, pero la masa tumultuosa de todos los intereses mercantiles y cosmopolitas me pareció que ahogaba el espíritu nacional que era el espíritu americano. Publicado mi primer libro, que se llamó "La Victoria del Hombre", fundado en mi fé, escribí una descripción de mi terruño con sus selvas, sus indios, sus campesinos, sus mitos, con su habla mixta de español y quichua; y, cuando hice aquel descubrimiento de Buenos Aires me fui a Europa porque tuve la sospecha de que nuestros maestros nos habían engañado, que nos habían hecho creer que estaban trasplantando la civilización europea a América y tuve la sospecha de que la cultura no se trasplanta, sino que florece en un pueblo;

se puede trasladar los hombres, los motores, las monedas, los instrumentos, pero son formas externas de civilización, de la cultura, para su propia defensa. Pero una cultura como la europea, presupone una Filosofía, una Ciencia y un Arte. Lo mismo digo de los Estados Unidos: cuando allí se inventa un motor es porque hay fábricas donde se ha construido sobre las bases de la Física. Yo pregunto: Los sudamericanos ¿qué inventamos? Nada. Vivimos de los inventos e ideas de los pueblos civilizados. Somos un grupo de hombres más o menos sensuales, más o menos intelectualistas, pero no hemos creado una cultura americana y nuestro deber es crearla, porque es nuestra única salvación. Las agrupaciones puramente materiales serán fácilmente deshechas o perecerán por su propia esterilidad; no nos ilusionemos con la prosperidad económica, que se destruye en un día de guerra, sólo las creaciones del espíritu son las que permanecen. Yo pregunto con osadía: ¿Cuál es nuestra ciencia? Es el trasplante de la ciencia europea muy bien asimilada por el inteligente hombre sudamericano. ¿Cuál es nuestra filosofía? La repetición de las filosofías europeas con un afán de estar de moda, aunque, generalmente, la moda llega acá con un retraso de 20 o 30 años. ¿Cuál es nuestra literatura y arte? Un continuo remedo de las formas europeas, porque si allí hubo renacer de lo clásico, por supuesto también en España, en el siglo XVIII colonial, toda América tuvo que imitar a España. Vosotros tuvisteis a nuestro Peralta Barnuevo, cada pueblo de América tuvo un poeta docto que no ha dicho nada nuevo, porque se limitó a repetir las formas europeas. Viene después el Romanticismo que se llamó así en Europa porque era una vuelta al puro clasicismo y al sentido de la propia raza, pero hay quienes van a renunciar a la norma clásica, como por ejemplo, Víctor Hugo y van a buscar inspiración en temas inéditos. En América, ¿cuál es nuestro romanticismo? ¿qué sentido tiene la palabra "romántico" si es de un período anterior al descubrimiento de América? ¿Cuál es la Edad Media de América? Será la época de los Incas, los jérfarcas de Paracas. El romanticismo hizo la picardía de burlarse de sus propios introductores, produjo frutos indígenas: en el Perú tenéis a Melgar. "El Facundo" de Sarmiento es un producto de romántico, pero bráviamente americano y es que la tierra que ya transformó al español e hizo de su hijo un emancipador, así mismo transforma las especies intelectuales y cuando creemos estar en una cultura europea, es seguro que aparece al paso de una generación como un hijo monstruoso de variedades nuevas.

Creo que ésto continuará indefinidamente sino acertamos a promover en toda la América un movimiento de reforma de la educación. En nuestra educación los métodos didácticos, los fines, el contenido, el régimen disciplinario, todo va resultando ineficaz, llenamos muy bien las formas de pueblos civilizados como para pre-

sentarnos a los ojos de los extranjeros, pero nos queda mucho por andar, nos queda el esfuerzo tremendo de pensar en lugar de repetir, pensar, crear lo que necesitamos, conocer nuestra realidad, encaminarnos hacia nuestro destino, oír a nuestros verdaderos profetas y maestros y como ninguna conciencia queda sin expresión, esa expresión nos la dará el Arte y tendremos uno que sea expresión de nuestra necesidad y espíritu y entonces el mundo nos reconocerá por esos signos y nos respetará. Parece que el proceso de unificación y síntesis tiene que hacerse superando las polémicas en que hasta hoy hemos vivido: polémicas geográficas de una región contra otra, guerras civiles e internacionales. No. ¡Basta ya! La América es una. Luego divergencias que he notado en estos mismos días en el Perú, de un agonismo que me parece equivocado: los unos quieren la restauración de lo indígena y hablan mal de lo español y otros, al contrario; otros hablan bien de lo extranjero cosmopolita y se entregan a su modelo, se acepta previamente que nosotros somos inferiores y ved señores, las cosas que han pasado en la Historia. No se remonta el cauce de los ríos, el agua se renueva cuando las fuentes están vivas y el río en su camino marcha siempre hacia el mar. Si América está viva, no puede volver a lo indígena, ni a lo español, ni a las guerras civiles, ni al cosmopolitismo, tiene que superar estos estados en una etapa nueva en que vea cuáles son las esencias vitales que necesitamos salvar como nutrición de nuestra propia conciencia. El indio ha sido el primer hombre de América por eso es nuestro hermano, desde que somos del barro de Adán y el indio es el Adán de nuestro mundo americano: tuvo su Paraíso y lo perdió, puso nombre a las cosas; su vida decaída y triste no es un estigma, sino una fatalidad de la Historia, pero nos ha legado el sentido telúrico del suelo sin el cual no hay Patria y nos ha dado no sólo los grandes símbolos de su espíritu, sino los símbolos de que se han revestido nuestras nacionalidades y de los que nos enorgullecemos: ¿de dónde hemos sacado el Sol de la bandera argentina, el llama del Perú, de dónde la estrella de Chile, de dónde todos los demás símbolos? Esos son los totens y dioses de América concebido por el indio y transmitidos a las generaciones nuevas como una consigna de la unidad histórica de Sud-América. El período colonial nos ha dejado la familia, la moral cristiana, la lengua que hablamos y a nada de eso podemos renunciar. La Revolución nos ha dejado el sentido de la Libertad democrática organizada en un Estado. Ahora, necesitamos crear una ciencia para tener una técnica que nos permita dominar nuestras propias riquezas. Necesitamos tener una conciencia y una filosofía americana, sino no habrá autonomía espiritual en nuestros pueblos, pero esta autonomía ha de ser previa y lo demás nos será dado en añadidura; primero, el espíritu recobrado, después los instrumentos de la ciencia para dominar

la Vida, luego los del Arte para expresar nuestro mensaje al mundo. Ya sé que ésto es lento y difícil y que requiere sobre todo combate del espíritu, por eso pongo al descubierto en la historia de las civilizaciones maternas dos grandes figuras que me permiten concretar y concluir mi pensamiento: la lanza de Palas Atenea inmóvil sobre el Acrópolis, símbolo de una belleza eterna y etérea que brilla sobre Grecia como la estrella de la tarde: así es la Ciencia, inmóvil. Pero en España ha aparecido el otro matiz: el Quijote en flaco caballo y con una lanza que blande en el aire contra los molinos, fantasía de su mente, es el mensajero de la Justicia y el sacrificado por el bien de los hombres.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»